

Par, Presidente del Consejo. Pacheco lo fué todo y lo tuvo todo en este país que, desde lejos y a sus pies, lo contemplaba, asombrado de su inmenso talento. Pero jamás en estas situaciones, ni por provecho suyo ni por urgencia del Estado, tuvo Pacheco necesidad de dejar salir, para afirmarse y operar fuera, aquel inmenso talento que allá dentro le sofocaba. Cuando los amigos, los partidos, los periódicos, las representaciones, los cuerpos electorales, la masa compacta de la nación, murmurando en derredor de Pacheco «¡qué inmenso talento!», le invitaban a ensanchar su poder o su fortuna, Pacheco sonreía bajando los ojos tristes por detrás de los dorados anteojos, y seguía, siempre hacia arriba, siempre más alto, a través de las instituciones, con su inmenso talento aherrojado dentro del cráneo como en el cofre de un avaro. Y aquella reserva, aquella sonrisa, aquel brillar de sus anteojos bastaban al país, que en ellos sentía la deslumbradora evidencia del talento de Pacheco.

Este talento nació en Coimbra, en el aula de Derecho Natural la mañana en que Pacheco, desdeñando la «Sebenta», aseguró que el «siglo XIX era un siglo de progreso y de luz». El curso comenzó a presentirlo y a afirmar en los cafés de la Feira que había mucho talento en Pacheco, y esta admiración, cada día creciente, del curso, comunicándose como los movimientos religiosos desde las multitudes impresionables a las clases razonadoras, de los muchachos a los viejos, llevó fácilmente a Pacheco a ganar un «premio» a fin de año. La fama de este talento se esparció por toda la Universidad, que viendo a Pacheco siempre pensativo, y ya con anteojos, austero en sus pasos, con gruesos tratados debajo del brazo, adivinaba en él un espíritu que se concentra y se convierte todo en fuerza íntima. Al dispersarse esta generación académica, llevó por el país hasta las más escondidas aldeas la noticia del inmenso talento de Pacheco. Y ya en las obscuras boticas de Traz-os-Montes y en las par-

leras tiendas de los barberos del Algarve, se decía con respeto, con esperanza: «¡Parece que hay por ahí un joven de inmenso talento: Pacheco!»

Pacheco estaba maduro para la representación nacional. Vino al seno de ella traído por un gobierno (no recuerdo cuál) que consiguiera con trabajo y mañana apoderarse del precioso talento de Pacheco. Después, en la estrellada noche de diciembre en que él, en Lisboa, fué a Martinho a tomar té y tostadas, se susurró con curiosidad: «¡Es Pacheco, un muchacho de inmenso talento!» Y desde que las Cámaras se constituyeran, todas las miradas, las del Gobierno y las de oposición, comenzaron a volverse con insistencia, casi con ansiedad, hacia Pacheco, que en la punta de un banco conservaba su actitud de pensador reconcentrado, con los brazos cruzados sobre el chaleco de terciopelo, la frente inclinada a un lado como bajo el peso de las riquezas interiores, y los anteojos centelleantes... Al cabo, una tarde, en la discusión de la respuesta al discurso de la Corona, Pacheco hizo un movimiento para interrumpir a un cura bisojo que hablaba de la «libertad». El sacerdote se detuvo inmediatamente con deferencia; los taquígrafos abrieron vorazmente los oídos; y en toda la Cámara se apagó el desahogado susurro para que el inmenso talento de Pacheco pudiera manifestarse por primera vez en medio de un silencio dignamente majestuoso. Pero Pacheco no prodigó sus tesoros. De pie, con el dedo estirado (gesto que siempre fué muy suyo) Pacheco afirmó, en un tono que delataba la seguridad del pensar y del saber íntimo, «¡que al lado de la libertad debía coexistir siempre la autoridad!» Era esto muy poca cosa ciertamente; pero la Cámara comprendió bien que detrás de aquel corto resumen había un mundo, todo un vasto mundo de ideas sólidas. Durante meses no volvió a hablar; pero su talento inspiraba tanto más respeto cuanto más insensible y cuanto más inaccesible se mostraba allá dentro, en el